

La droga mata

A mediados de este tórrido verano madrileño empezaron a aparecer en las paredes de la ciudad enormes carteles de un mal gusto escalofriante: esquelas mortuorias («rellénalas con tus propios datos», tenían la desfachatez de aconsejar) acompañadas de un epitafio: «LA DROGA MATA». No se nos explicaba —nunca lo hacen— qué droga es la que mata. Al mismo tiempo, en los periódicos, otros anuncios más modestos, pero no menos ambiguos: junto al dibujo de una borrosa figura arrastrándose por los suelos, el «slogan»: «LA DROGA PRODUCE DOLOR». Estos anuncios tampoco explicaban qué droga era aquella tan dolorosa. Las esquelas eran un «servicio público» de una compañía publicitaria, que se dedicaba a rellenar así sus espacios vacíos para hacernos un favor. Los anuncios eran patrocinados por una «Asociación para la defensa contra la droga», que un día de éstos habrá que investigar a fondo.

Al mismo tiempo, entre julio y agosto, la policía madrileña llevaba a cabo una campaña de redadas en los barrios más populares —El Pilar, Peñagrande, San Blas, etc.—, para limpiar la ciudad de drogas. El botín fue mínimo: unos cuantos gramos de hachís. También se hicieron limpiezas nocturnas de la Plaza Mayor, centro —al parecer— de gamberrismo y mala vida en este Madrid faraónico y preconstitucional en que vivimos. Redadas planteadas por las comisarías correspondientes a esas zonas, y no organizadas por la Brigada de Estupefacientes, ni por ningún otro organismo superior de la policía. No se encontraron —o no se difundió en la prensa— opiáceos de ningún tipo.

Y, tras esa preparación, comenzó el mes de septiembre. La primera semana con cuatro muertes misteriosas que tenían detrás el fantasma de la heroína: el día 4 se descubrieron, en un piso de Pueblo Nuevo, los cadáveres de José Luis Piquero y María Consolación Buelga, un joven matrimonio procedente de Gijón. Los dos estaban maniatados, tumbados encima de la cama, y se les había administrado cloroformo en una dosis letal. Habían muerto tres o cuatro días antes, y se encontraban ya en avanzado estado de putrefacción. La policía comenzó a investigar, y pronto dieron con los causantes de estas muertes: otro matrimonio joven, dueños del piso donde se encontró a los muertos. No habían querido matarles, sólo robarles una cantidad de heroína: unos 40 gramos; una cantidad por la que no se mancharía las manos ni el más pequeño de los rateros de Marsella.

El día 6 del mismo mes aparecieron otros dos cadáveres: Fernando Aldecoa y Catherine Fernández de Castro. El primero se había cortado las venas, el mismo día 6, en la madrugada; Catherine había muerto de sobredosis —suponemos que de heroína— tres o cuatro días antes. En el chalet de Pozuelo, hogar de Fernando, donde los encontraron, reinaba confusión y desorden. Por lo visto, Fernando había pasado tres días con el cadáver de Catherine antes de decidirse por la muerte. Su vida no había sido muy fácil últimamente: un año antes su mujer, Elsa, había muerto también de sobredosis —barbitúricos esta vez—, dejándole con una niña de cuatro años.

Pocos días después, otro incidente debido a la heroína: un pequeño vendedor es herido de un tiro por otro, en plena plaza del Dos de Mayo. La policía se hace cargo del herido, pero el agresor desaparece. Cuando escribo esto, todavía no se sabe quién ha sido, ni tampoco muy claramente por qué.

Al mismo tiempo, y también en Madrid, tiene lugar un acontecimiento que resultaría cómico de no ser tan dramático: unos muchachos tratan de deshacerse del cadáver de un compañero suyo, muerto de sobredosis. Lo llevan en moto y envuelto en una manta.

LA SANGRIENTA ERA DE ACUARIO

La situación actual es tan grave, que no permite ni bromas ni ejercicios literarios. Tampoco permite el uso cortés de «respeto a los muertos», que me ha hecho pensármelo mucho antes de escribir. El final de este verano ha significado MUERTE para muchos de nosotros y para muchas cosas. La carta que en el Tarot representa a la Muerte, el número trece, significa un cambio, una transición importante, una crisis que disuelve e invalida nuestra experiencia anterior. La Huesuda Señora que representa en el Tarot tal crisis, y que es pintada en la baraja española como un cortante y punzante As de Espadas, y como un *As de Piques* en la francesa, se nos aparece ahora bajo la apariencia del polvo blanco de la heroína. Algo se ha acabado este verano; algo nuevo empieza, por lo tanto. Se ha acabado definitivamente el fenómeno de *la droga* como sacramento de un nuevo evangelio contestatario, se ha acabado el «estar en el rollo» de las drogas como un signo de reconocimiento y de complicidad entre disidentes y marginados de este sistema social. Tiene también que acabarse —no sé si ocurrirá— esa desinformación planeada que nos hace pensar que todas las «drogas» son iguales, y que es lo mismo la marihuana que la heroína, la coca que los fármacos. Hay que empezar a matizar, y muy bien.

Desde esta primavera, poco más o menos, la heroína ha dejado de ser una leyenda, relacionada con las canciones de Lou Reed, el flasheante y lejano New York, y los mitos de la decadencia neo-romántica que nos venden desde todos los medios de comunicación de masas. La heroína está aquí, fácil de conseguir, atractiva precisamente por esa leyenda de «fruto prohibido» fomentada en torno a ella. La heroína se puede comprar sin muchas dificultades y a un precio relativamente bajo: por quinientas pesetas es fácil conseguir una dosis, y hasta dos, en cualquier plaza, en cualquier bar de las zonas underground de Madrid, del ghetto de los marginados que todos conocemos y cuya localización geográfica sabemos muy bien. Se vende barato y en cantidad, al detall; cosa curiosa, nadie sabe dónde están los verdaderos traficantes, los que traen los kilos de material necesarios para satisfacer el consumo no solamente en Madrid, sino de toda España. Son invisibles; nadie los conoce. Sólo se conoce a los vendedores de medio gramo que patean las calles y que venden para pagarse su propio vicio.

Al mismo tiempo, la mayoría de los fármacos —analgésicos potentes, barbitúricos, anfetaminas— capaces de crear hábito o dependencia, y asimilados a las drogas prohibidas, han sido retirados de la venta. Al aficionado a las «drogas duras» no le queda más remedio que recurrir a la heroína. Cosa fácil. Por otra parte, la confusión total que hay con respecto a las drogas, hábilmente fomentada desde la prensa, hace que muchos piensen que es lo mismo la heroína que el hachís; consumidores de éste, del prácticamente inocuo chocolate, pasan a la heroína por ignorancia, por confusión. Y también porque los vendedores están cerca de ellos, en su mismo ambiente; alguien debe haberlos introducido ahí.

Dicen que los tiempos están cambiando; no hace mucho, en el festival de rock llamado «La Noche Roja», y patrocinado por una importante casa de discos y por una marca de pantalones vaqueros que buscaba promoción inteligente, Miguel Ríos nos hablaba del paso de la Era de Piscis a la de Acuario. Pau Riba hacía lo mismo en el Festival de Canet de este año. El cambio de Era es un mito que nos queda de la pesadísima aventura hippie. Aventura que se acaba, y que ha elegido nuestro país para dar los últimos coletazos. Precisamente, están cayendo los últimos supervivientes del «rollo hippie», víctimas de la heroína y del paso del tiempo. Y no parece que todas estas

muerter, todos estos envenenamientos del cuerpo y del espíritu, todo el estúpido «pasar de todo» que nos invade anuncie precisamente una época mejor. Si es así —entre muerte y estupidez— como comienza la Era de Acuario, sería mejor no haber vivido en ella.

NOS MATAN CON HEROÍNA

Está claro que la heroína y demás derivados del opio no son precisamente sustancias inocuas; que pueden tener efectos perjudiciales y hasta mortíferos para sus consumidores habituales. Producen una verdadera adicción psicofisiológica en quien los consume, y un cambio radical en el cuerpo y en la mente de los adictos. Los opiáceos han tenido efectos verdaderamente destructores no sólo en individuos, sino en sociedades enteras. Poco más o menos, como el alcohol; éste fue una de las armas empleadas por las naciones colonizadoras —la nuestra, la inglesa— para sojuzgar y aniquilar razas enteras, como los indios americanos, por ejemplo. El opio fue utilizado por los ingleses en su guerra contra China, donde lo introdujeron precisamente ellos. También les sirvió —junto con el alcohol— para embrutecer a su clase obrera, tras la llamada «Revolución Industrial», que fue bastante poco revolucionaria: en el siglo XIX, y a principios del nuestro, era más barato en Inglaterra el láudano —tintura de opio— que el whisky, y exactamente igual de fácil de conseguir. Los mineros galeses, los obreros irlandeses, todos los oprimidos, consumían sus jornales enteros en láudano y en whisky para olvidar un poco las míseras condiciones en que se les obligaba a vivir.

Parecida utilidad tienen ahora estas drogas llamadas «duras», y que de verdad lo son. Comienzan a ser utilizadas de manera masiva por la juventud francesa, vencida en Mayo del 68; y por los americanos que ven derrumbarse el sueño multicolor del hippismo, la utopía psicodélica: embrutecen, hacen olvidar derrotas y fracasos. Además, están a mano, son muy fáciles de conseguir. La policía —no precisamente los funcionarios del Cuerpo de Policía, sino ese aparato multipolicial integrado por sociólogos, psiquiatras, periodistas...— nos explican como una verdad incontrovertible: que «la marihuana es el primer escalón que conduce al uso de la heroína». Y, en cierto modo, es verdad. Pero es de ellos la culpa: meten a los usuarios de marihuana y otras drogas sin importancia en un ghetto cerrado; los desinforman, y les hacen creer que todas las drogas son iguales; hablan de «adicción a la marihuana», lo que es una falsedad total. Y crean campañas publicitarias diciendo que «la droga mata». Nunca especifican, nunca matizan, nunca explican las diferencias entre una sustancia y otra. No les interesa, al parecer.

La heroína se está convirtiendo en un perfecto instrumento de control por parte del Poder. Es utilizada para embrutecer, para violar el espíritu de quienes la consumen, para crear un nuevo conformismo: el usuario habitual de heroína es alguien que no plantea demasiados problemas, siempre que tenga resuelto el alimentar su hábito. Y, por el momento, lo tiene. Como ya he dicho, es muy fácil de conseguir, e incluso barata. Exige algunos sacrificios, claro: el integrarse en un sistema cerrado de consumo y venta, con muy poco tiempo para dedicar a otras cosas, es uno de ellos. Y también, el someterse periódicamente a alguna pequeña cura de desintoxicación a base de metadona.

La metadona es otro instrumento de control, superior a la heroína como tal: elimina los efectos de carencia, los dolores físicos, sin producir placer alguno; sus usuarios siguen siendo perfectamente útiles para cualquier tipo de trabajo, siguen produciendo. Pero también crea adicción; resulta imposible interrumpir su uso, a no ser que se quieran ver volver los dolores y las angustias de la carencia. La metadona, entre las manos de la casta médico-

sacerdotal, firme pilar del Sistema Establecido, es algo que deja chiquitos todos los métodos psiquiátricos soviéticos para tratar a los disidentes.

Eduardo Haro Ibars, en *Ozono*, año IV, núm. 37, octubre de 1978, págs. 7-10.